

PUEBLOS HERMANADOS EN LA LUCHA EMANCIPADORA: LOS ARGENTINOS EN LA INDEPENDENCIA DEL ECUADOR.



Jorge Núñez Sánchez,

Universidad Central del Ecuador.

INTRODUCCIÓN

Los hispanoamericanos nos reconocemos como hijos de una gran nación disgregada en numerosas repúblicas, pero que posee fuertes elementos de identidad, tales como un similar sustrato cultural y una historia paralela y con notables vinculaciones.

Regularmente, esos signos de identidad común se dan por supuestos, merecen poca atención y hasta parecen difuminarse bajo el empuje de las vigorosas identidades locales y regionales que pueblan nuestro continente. Empero, hay circunstancias en que la identidad latinoamericana aflora de modo natural y revela la existencia de esos ríos profundos que corren bajo la piel multicolor de nuestra América. A veces, se trata de fenómenos traumáticos, que estremecen nuestra conciencia colectiva, tales como la Guerra de las Malvinas, que todos los latinoamericanos la vivimos como esperanza reivindicativa y luego la sufrimos como derrota colectiva. En otras ocasiones, los catalizadores de nuestra identidad son fenómenos más gratos, tales como los tangos de Gardel, los boleros de Los Panchos, las canciones de Violeta Parra o Mercedes Sosa, o las finales de los campeonatos mundiales de fútbol, estímulos ante los cuales reaccionamos, de modo natural, como hijos de una Patria Grande.

Una nueva ocasión de reencuentro con nuestra identidad latinoamericana ha sido, está siendo, la celebración del Bicentenario de la Independencia, que se ha convertido en una magnífica oportunidad para recordar hechos y personajes que constituyen símbolos de vinculación entre nuestros pueblos y países. Y como recordar significa volver a pasar algo por el corazón, sentimos esta efemérides como un espacio para el florecimiento de una historia común que nos llena de orgullo y dignidad.

Para esta breve charla, he querido simbolizar el recuerdo de esas luchas comunes por la independencia en dos personajes que estimo de la mayor trascendencia,

puesto que a través de ellos se expresó, en su momento, la voluntad libertaria del pueblo argentino, que con por su intermedio hizo presencia en tierras equinocciales. Me refiero al coronel José García Zaldúa, héroe y mártir de la independencia quiteña, y al entonces teniente coronel Juan Lavalle, héroe de las luchas libertarias de varios países sudamericanos.

José García Zaldúa, El Héroe de Tanizahua

Entre la pléyade de héroes y mártires de nuestra independencia nacional, hay uno cuyo nombre se nos ha ido quedando en el olvido y es preciso rescatar para la memoria latinoamericana. Se llamó José García y Zaldúa y fue uno de los bravos argentinos que vinieron a pelear por nuestra libertad, atendiendo el pedido de ayuda del gobierno republicano de Guayaquil.

Fue hijo de Ramón García de León y Pizarro, gobernador español de Guayaquil entre 1779 y 1789. Fue también sobrino del temible visitador José Pizarro, que presidió la Audiencia de Quito entre 1778 y 1784. Y también era descendiente de Francisco Pizarro, conquistador del Perú. Nació en Santa Cruz de Mompox, en la Nueva Granada, el 14 de junio de 1776. En 1794 ingresó al ejército español, alcanzando el grado de Primer Teniente del Batallón de Voluntarios de Castilla, en 1798. Al año siguiente fue ascendido a Teniente del Regimiento Fijo de Buenos Aires. En 1807 luchó bajo el mando de Liniers durante el ataque británico a

Buenos Aires y en 1809 se enteró de la destitución de su padre como Presidente de Real Audiencia de Charcas.

Esos hechos coadyuvaron a que en José se produjera una toma de conciencia patriótica, que lo llevó a asumir su condición americana y a enrolarse en el ejército libertador de José de San Martín. Con él cruzó los Andes en 1817 y combatió en las batallas de Chacabuco y Maipú, que sellaron la independencia de Chile. En agosto de 1820 formó parte del ejército argentino-chileno que salió de Valparaíso para independizar al Perú y desembarcó en Huacho, al norte de Lima, y luego en Ancón, cerca de esta ciudad. Hasta ahí llegó la misión guayaquileña encargada de solicitar la ayuda militar de San Martín. Entonces, recordando los diez años que vivió en Guayaquil, el coronel de Estado Mayor don José García y Zaldúa, comandante de Caballería, se ofreció como voluntario para integrar esa misión libertadora, llegando al puerto a fines de noviembre.

Para entonces, las fuerzas patriotas de Guayaquil ya habían abierto campaña sobre la Sierra, obteniendo el triunfo de Camino Real, en el camino de salida a Guaranda, el 9 de noviembre, y la grave derrota de Huachi, en el callejón interandino, el 22 de noviembre, donde tuvieron más de 500 muertos y heridos. En tal circunstancia, el coronel García fue enviado a la Sierra, al mando de una tropa de 200 hombres, con la misión de asegurar el altiplano de Guaranda y evitar el avance de los realistas contra Guayaquil. García tomó San Miguel, Chimbo y Guaranda y estaba en plan de asegurar toda el área andino occidental, cuando fue emboscado por una fuerza

combinada de tropas españolas y milicias realistas dirigidas por el cura Javier Benavides, el 3 de enero de 1821. Encerrados en un estrecho desfiladero, los patriotas pelearon bizarramente, pero solo logró escapar con vida un pequeño núcleo, dirigido por el teniente Abdón Calderón, futuro héroe de Pichincha.

No corrió igual suerte el coronel García, que fue capturado por los realistas, juzgado sumariamente y fusilado al día siguiente en Guaranda. Su cabeza y sus manos fueron cortadas y colocadas en una jaula de hierro, que fue colgada en un árbol de pumamaquí, en la parte más alta de la ciudad, para que escarmentara a los insurgentes.

Juan Lavalle, el Héroe de Riobamba

Juan Lavalle fue otro legendario militar argentino que dejó su huella en la independencia del actual Ecuador. Había nacido en Buenos Aires, el 17 de octubre de 1797. En 1812, a sus catorce años, ingresó como cadete en el Regimiento de Granaderos a Caballo, que San Martín decidió formar reclutando jóvenes voluntarios de espíritu patriótico, que se incorporarían como cadetes. Muchos de estos pertenecían a las familias más distinguidas de la región, imbuidas ya de la voluntad independentista.

En ese regimiento recibió una intensiva formación militar y al año siguiente ya estaba en combate, siendo ascendido por su valor a teniente. En 1816, cuando San Martín se hizo cargo del Ejército de los



Juan Lavalle, el Héroe de Riobamba

Andes, Lavalle recibió la orden de trasladarse a Cuyo para incorporarse al mismo.

Durante el cruce de los Andes, Juan Lavalle marchó a la vanguardia, bajo las órdenes del brigadier Miguel Estanislao Soler y en 1817 se destacó en el combate de Achupallas. Ya en Chile, actuó lucidamente en Chacabuco, donde fue ascendido a Capitán, y luego en Maipú, donde sus granaderos, junto con los regimientos de Zapiola y Freire, vencieron a la caballería realista.

Llegado a Perú y peleando siempre a la vanguardia, venció a 600 realistas en Nazca con una carga de 80 granaderos, el 15 de octubre de 1820, causándoles 60 muertos y tomando 86 prisioneros y 300 fusiles. Hombre de arrojo temerario, con otra carga puso en fuga a la caballería española en Paseo, el 6 de diciembre y, con otra más,

derrotó luego a un regimiento realista en Jauja, causándoles 80 bajas y tomando 20 prisioneros, entre ellos al Teniente Coronel altoperuano Andrés Santa Cruz. Sus acciones militares fueron muy sonadas y pesaron mucho en la decisión española de retirarse a la sierra peruana, dejando al Protector San Martín en absoluto control de Lima y la costa.

Fue entonces que el libertador del Perú, atendiendo al pedido de la Junta de Gobierno de Guayaquil, decidió enviar tropas para que se unieran al ejército libertador comandado por Sucre. Dirigida por el coronel Andrés Santa Cruz, convertido ya en jefe patriota, la División Peruana traía los batallones de infantería Piura y Trujillo y un Batallón de Granaderos de los Andes, argentino, al mando del ya legendario teniente coronel Juan Lavalle, que al momento tenía 25 años.

Para entonces, el gobierno guayaquileño había fracasado una y otra vez en su intento de acceder a la Sierra central directamente desde la Costa, sufriendo las dos sangrientas derrotas de Huachi, la primera del pequeño ejército dirigido por León de Febres Cordero, el 22 de noviembre de 1820, y la segunda del nuevo ejército dirigido por Sucre, el 12 de septiembre de 1821. En ambas ocasiones, la clave del triunfo español había sido su brillante caballería, que arrasaba con el enemigo en el primer valle interandino al que éste accedía. Y, claro, también hay que entender que las tropas republicanas estaban formadas por soldados bisoños, que hasta ayer no más habían sido campesinos y suplían su inexperiencia militar con solo su amor a la Patria. Además, tanto esos soldados como

sus caballos, provenían de las tierras bajas del trópico, ubicadas casi a nivel del mar, y accedían a la alta Sierra andina mediante largas marchas de subida, que implicaban, en su último trecho, el paso al pie del Chimborazo, por el famoso desierto de El Arenal, situado a más de 4 mil metros de altura. De este modo, cuando esas tropas llegaban a los valles interandinos, estaban agotadas por la marcha, afectadas por el frío y enfermas de mal de altura, a causa del aire enrarecido, que también afectaba a sus cabalgaduras. No es de extrañar, pues, que fueran destrozadas una y otra vez por las fuerzas realistas, que se encontraban adecuadas al clima, descansadas, bien equipadas y poseían buena preparación militar.

Fue entonces que, para evitar esa especie de trampa geográfica, el general Sucre decidió acceder a la Sierra por otra vía, marchando desde el puerto de Guayaquil primero hacia la Costa sur, para acceder desde ahí al valle de Cuenca, mediante el cruce de una zona más baja de la Cordillera Occidental. Para entonces, Cuenca, que era la mayor ciudad del país, se había pronunciado ya a favor de la república, y Sucre esperaba hacerse fuerte en ella y dar descanso a sus tropas, antes de marchar hacia el norte, por el callejón interandino, para aproximarse a Quito, donde se hallaba el grueso de las fuerzas españolas.

El plan estratégico de Sucre se cumplió sin contratiempos y su ejército llegó a Cuenca, que de inmediato proclamó su unión a la República de Colombia. Pero entonces Sucre recibió la noticia del arribo al territorio quiteño de la División auxiliar enviada por el Protector del Perú, general José de San Martín. Entonces Sucre avan-

zó todavía más al sur, hacia Loja, donde fue a recibir a la División Peruana, y junto con ella empezó la contramarcha hacia el norte, con dirección a Quito. El Ejército Unido contaba ya con dos divisiones: la colombiana, formada por tropas guayaquileñas, cuencanas y venezolanas, y la peruana, integrada por tropas peruanas de infantería y la caballería argentina al mando de Lavalle.

El ejército de Sucre avanzó cuidadosamente hacia Riobamba, villa ubicada en la llanura de Tapi, en el centro del país, donde lo esperaba la poderosa caballería realista, que en Huachi, en un valle próximo, había destrozado dos veces a los ejércitos libertarios de Guayaquil. El 21 de abril de 1822, en medio de una mañana lluviosa que había enfangado el terreno, Lavalle recibió de Sucre la orden de reconocer las posiciones del enemigo para preparar un plan de ataque. Pero el guerrero argentino fue más allá de lo ordenado, puesto que no solo reconoció al enemigo, sino que cargó inesperadamente, con sus 96 granaderos argentinos, contra una caballería española tres veces mayor, a la que hizo retroceder. Luego regresó al trote a sus posiciones, provocando un contraataque realista, que se produjo de inmediato. Entonces el gaucho respondió con el consabido "Vuelvan caras", en una carga imbatible, a la que se sumaron los Dragones colombianos. Sorprendida primero y destrozada después por la carga de Lavalle, la caballería realista huyó a Quito y no volvió a entrar en combate, dejando abierto el campo para el avance triunfal de Sucre hacia el valle de Latacunga y luego hacia el valle de Quito, donde lo esperaba un escenario de gloria en las faldas del volcán Pichincha.

En su informe al general San Martín, Sucre escribió: “Lo mandé (a Lavalle) a un reconocimiento a poca distancia del valle y el escuadrón se halló frente a toda la caballería enemiga y su jefe tuvo la elegante osadía de cargarlos y dispersarlos con una intrepidez de la que habrá raros ejemplos. Su comandante ha conducido su cuerpo al combate con una moral heroica y con una serenidad admirable”.

En las semanas siguientes, ese cuerpo de granaderos argentinos cumplió un papel importante en la protección del Ejército Unido que avanzaba hacia Quito, facilitando el acceso de éste al llano de Turubamba, al sur de la ciudad, el 21 de mayo. Desde ahí las tropas republicanas invitaron al combate a las realistas, seguras como estaban de la superioridad de su caballería, pero el enemigo rehuyó el enfrentamiento y se mantuvo encerrado en sus fortalezas de Quito. Esa situación pudo haberse prolongado, si no hubiera sido porque Sucre capturó un correo enemigo, que anunciaba la próxima llegada de tropas realistas que venían del norte, desde Pasto, en refuerzo de las de Quito. Ante ello, el jefe republicano decidió pasar con su ejército al norte de la ciudad, para ubicarse en la llanura de Iñaquito e interceptar la llegada de esos refuerzos realistas, y resolvió hacerlo por la única vía posible: trepando por las breñas del volcán Pichincha, para superar a la ciudad por el occidente. La marcha comenzó la noche del 23 de mayo, en medio de la lluvia invernal y por caminos que prontamente se convirtieron en fangales, al paso de las tropas. Eso explica que la marcha fuera lenta y que, al clarear el día, la vanguardia estuviera recién a la altura del centro de la ciudad, pudiendo

ser vista con facilidad por los habitantes de ésta y principalmente por los enemigos, que inmediatamente ordenaron a sus fuerzas trepar a la montaña e interceptar a los patriotas.

Mucho se ha escrito sobre la batalla de Pichincha, casi siempre entre la exaltación y la hipérbole. El fulgor de ese durísimo combate pareciera relucir todavía, entre el ruido de explosiones, toques de corneta, gritos de rabia, quejas de heridos y proclamas de victoria. Todo esto mientras la ciudad entera, con el alma en suspenso, presenciaba desde los balcones, calles y plazas los movimientos de esa lucha que se desarrollaba allá arriba, en las laderas agrestes del volcán, y en la que se jugaba su destino.

El enfrentamiento fue durísimo y exigió de ambos bandos un esfuerzo casi sobrehumano. El aire enrarecido y la elevada altitud de la zona, ubicada a más de tres mil metros, sofocaban la respiración de muchos combatientes, como los guayaquileños y peruanos, que venían de las tierras bajas de la Costa y se hallaban afectados por la dura marcha de la madrugada. A su vez, el abrupto escenario geográfico, constituido por una ladera empinada y cortada por profundos barrancos, impedía el uso de la caballería y aun limitaba el de la artillería, por lo que el combate se inició con armas de fuego y concluyó a la bayoneta calada, con los realistas trepando hacia la montaña y los patriotas atacando desde arriba. Luego de avances y retrocesos, los realistas parecían ya cerca de la victoria, pero la entrada en combate del batallón “Albión” y del batallón colombiano “Alto Magda-

lena” inclinaron el triunfo a favor de las fuerzas nacionales.

Derrotada su infantería en las breñas de la montaña, la caballería realista huyó hacia el norte, con ánimo de llegar a Pasto, para entonces sitiada por Simón Bolívar y su ejército. Sin embargo, esa caballería en fuga no pudo cumplir con su objetivo, pues fue perseguida, alanceada y finalmente deshecha por los granaderos argentinos de Lavalle, que sellaron así el triunfo de Pichincha y liquidaron para siempre esa amenaza militar española.

Las cifras de las bajas habidas aquel día en Pichincha muestran con brutal elocuencia la dureza de esa batalla: 400 muertos y 190 heridos en las filas realistas; 200 muertos y 140 heridos en las filas nacionales. Además, los vencedores capturaron alrededor de 1.200 prisioneros, entre soldados y oficiales, mas 14 piezas de artillería, y muchos fusiles y cajas de guerra.

Al firmarse la capitulación del día siguiente, Sucre, con gran caballerosidad, garantizó la libertad y seguridad personal de los vencidos y el retorno a España de los jefes y oficiales españoles que lo desearan, cuyo pasaje sería pagado por la República.

Por todo esto, Pichincha fue un timbre de orgullo para Sucre, el gran estratega que dirigía ese variopinto ejército de guayaquileños, cuencanos, quiteños, colombianos, venezolanos, argentinos, peruanos, altoperuanos y británicos. Lo fue también para la Junta de Gobierno de Guayaquil, bajo cuya dirección y con cuyo esfuerzo político y económico se había formado esa combativa fuerza de nacionales y extranjeros. Y

lo fue, sin duda, para los libertadores Bolívar y San Martín, cuyas fuerzas expedicionarias coadyuvaron muy eficientemente a la independencia del actual Ecuador.

Por eso, es justo afirmar que Pichincha fue el triunfo de nuestra voluntad nacional, pero fue también la primera batalla conjunta de los pueblos de Sudamérica por su libertad y un nuevo escenario de gloria para las fuerzas argentinas, que fueron desde el Río de la Plata hasta los Andes del norte, en busca de nuevos horizontes de libertad.

Hoy, la quiteña Plaza República Argentina nos recuerda esa hermandad libertaria de nuestros pueblos, sellada con sangre en tierras ecuatoriales, y la estatua ecuestre del Libertador San Martín señala con su mano el escenario glorioso de Pichincha. A su vez, en la recoleta ciudad de Guaranda, un templete cívico, levantado en la plaza Nueve de Octubre, muestra una hermosa placa de mármol en homenaje al coronel José García Zaldúa, un héroe casi olvidado de nuestro tiempo heroico. Y en la bella ciudad de Riobamba, la céntrica calle “Argentinos” recuerda la hazaña triunfal de Juan Lavalle y sus bravos granaderos a caballo.